

UNA SOLA ELECCIÓN TE DEFINE



LEAL

VERONICA ROTH



RBA

Título original: *Allegiant*

© Veronica Roth, 2013.

© de la traducción, Pilar Ramírez Tello, 2014.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2014.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: OEBO695

ISBN: 9788490562246

Composición digital: Víctor Igual, S. L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

[DEDICATORIA](#)

[CITA](#)

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE](#)

[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)

[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)

[CAPÍTULO VEINTE](#)

[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)

[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)

[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)

[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)

[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)

[CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)

[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)
[CAPÍTULO VEINTIOCHO](#)
[CAPÍTULO VEINTINUEVE](#)
[CAPÍTULO TREINTA](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y UNO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y DOS](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y TRES](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y CINCO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y SEIS](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y SIETE](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y OCHO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE](#)
[CAPÍTULO CUARENTA](#)
[CAPÍTULO CUARENTA Y UNO](#)
[CAPÍTULO CUARENTA Y DOS](#)
[CAPÍTULO CUARENTA Y TRES](#)
[CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO](#)
[CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO](#)
[CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS](#)
[CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE](#)
[CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO](#)
[CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE](#)
[CAPÍTULO CINCUENTA](#)
[CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO](#)
[CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS](#)
[CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES](#)
[CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO](#)
[CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO](#)
[CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS](#)
[EPÍLOGO](#)
[AGRADECIMIENTOS](#)
[AGRADECIMIENTOS ESPECIALES](#)

*Para Jo,
mi guía y mi apoyo.*

*Toda pregunta que pueda responderse debe responderse
o, al menos, analizarse.*

*Es necesario enfrentarse a los procesos mentales
ilógicos cuando se presenten.*

Las respuestas incorrectas deben corregirse.

Las respuestas correctas deben afirmarse.

—Del manifiesto de Erudición.

CAPÍTULO UNO

TRIS

No paro de dar vueltas por nuestra celda de la sede de Erudición mientras sus palabras me resuenan en la cabeza: «Mi nombre será Edith Prior, y hay muchas cosas que estoy deseando olvidar».

—Entonces ¿no la habías visto nunca? ¿Ni siquiera en foto? —me pregunta Christina, que tiene la pierna herida apoyada en una almohada.

Recibió el disparo durante nuestro desesperado intento de revelar el vídeo de Edith Prior a la ciudad. En aquel momento no teníamos ni idea de lo que habría en él, ni de que haría temblar los cimientos de nuestra sociedad, de las facciones, de nuestras identidades.

—¿Es tu abuela, tu tía o qué? —sigue preguntando.

—Ya te he dicho que no —respondo, volviéndome al llegar a la pared—. Prior es... era el apellido de mi padre, así que tendría que ser alguien de su familia. Pero Edith es un nombre de Abnegación, y los parientes de mi padre tenían que ser de Erudición, así que...

—Así que debe de ser mayor —concluyó Cara por mí, recostando la cabeza en la pared. Desde este ángulo se parece mucho a su hermano Will, mi amigo, el que maté de un tiro. Después se endereza, y el fantasma de Will desaparece—. De hace unas cuantas generaciones. Una antepasada.

—Antepasada.

La palabra me suena a viejo, como un ladrillo que se desmorona. Toco una pared de la celda al darme la vuelta: el panel es blanco y frío.

Mi antepasada, y esta es la herencia que me ha dejado: libertad de las facciones y el conocimiento de que mi identidad como divergente es más importante de lo que imaginaba. Mi existencia es una señal que nos indica que tenemos que abandonar esta ciudad y ofrecer nuestra ayuda a quien haya ahí fuera.

—Quiero saberlo —dice Cara, pasándose la mano por el rostro—. Necesito saber cuánto tiempo llevamos aquí. ¿Podrías dejar de moverte un minuto?

Me detengo en el centro de la celda y la miro con las cejas arqueadas.

—Lo siento —masculla.

—No pasa nada —dice Christina—. Llevamos demasiado tiempo aquí dentro.

Hace días que Evelyn controló el caos del vestíbulo de la sede de Erudición dando un par de órdenes y encerró a todos los prisioneros en las celdas de la tercera planta. Una mujer sin facción apareció para curarnos las heridas y distribuir analgésicos, y hemos comido y nos hemos duchado varias veces, pero nadie nos ha dicho qué está pasando fuera. A pesar de que lo hemos preguntado con insistencia.

—Suponía que Tobias vendría a vernos —comento, dejándome caer en el borde de mi catre—. ¿Dónde está?

—A lo mejor todavía está enfadado porque le mentiste y trabajaste con su padre a sus espaldas —responde Cara.

Le lanzo una mirada asesina.

—Cuatro no sería tan mezquino —asegura Christina, no sé si para regañar a Cara o para consolarme—. Seguro que algo le impide venir. Te pidió que confiaras en él.

En medio del caos, mientras todos gritaban y los abandonados intentaban empujarnos hacia las escaleras, me enganché al dobladillo de su camisa para no perderlo. Él me agarró por las muñecas, me apartó y me dijo: «Confía en mí. Ve adonde te digan».

—Eso intento —respondo.

Y es cierto, intento confiar en él, pero todo mi cuerpo, cada fibra de mi ser, me pide liberarme, no solo de esta celda, sino de la prisión de la ciudad que espera al otro lado.

Necesito ver qué hay detrás de la valla.

CAPÍTULO DOS

TOBIAS

No soy capaz de recorrer estos pasillos sin recordar los días que pasé aquí prisionero, descalzo, sintiendo un dolor punzante cada vez que me movía. Y con ese recuerdo llega otro, el de esperar a que mataran a Beatrice Prior, el de mis puños contra la puerta, el de sus piernas sobre los brazos de Peter cuando me dijo que solo estaba drogada.

Odio este lugar.

No está tan limpio como cuando era el complejo de Erudición; ahora se notan los estragos de la guerra, los orificios de bala en las paredes y los vidrios rotos de las bombillas destrozadas por todas partes. Camino sobre huellas sucias y bajo luces parpadeantes hasta llegar a su celda, y me permiten entrar sin hacer preguntas porque llevo el símbolo de los abandonados (un círculo vacío) en una banda negra que me rodea el brazo, además de parecerme mucho a Evelyn. Tobias Eaton era un nombre del que avergonzarse, pero ahora es poderoso.

Tris está acucillada en el suelo, hombro con hombro con Christina y en diagonal a Cara. Mi Tris debería parecer pálida y pequeña (al fin y al cabo, es pálida y pequeña), pero nada más lejos de la realidad: ella sola llena toda la habitación.

Sus ojos redondos encuentran los míos, y se pone de pie de un salto para rodearme con fuerza la cintura y apretar la cara contra mi pecho.

Le aprieto el hombro con una mano y, con la otra, le acaricio el pelo, todavía sorprendido al ver que se le acaba a la altura del cuello, en vez de extenderse por debajo. Me alegré cuando se lo cortó porque era el pelo de una guerrera y no de una chica y, además, sabía que era lo que necesitaba.

—¿Cómo has entrado? —me pregunta con su voz grave y clara.

—Soy Tobias Eaton —respondo, y ella se ríe.

—Claro, siempre se me olvida.

Se aparta lo justo para mirarme. Noto su mirada vacilante, como si Tris fuera un montón de hojas a punto de acabar esparcidas por el viento.

—¿Qué sucede? ¿Por qué has tardado tanto?

Su voz suena desesperada, suplicante. Por muchos recuerdos horribles que me traiga este lugar, para ella es aún peor: su recorrido a pie hacia la ejecución, la traición de su hermano, el suero del miedo... Tengo que sacarla de aquí.

Cara levanta la vista, interesada. Me siento incómodo, como si hubiese cambiado de piel y ya no me quedase bien. Odio tener público.

—Evelyn ha cerrado la ciudad a cal y canto —respondo—. Nadie da un paso sin su consentimiento. Hace unos días pronunció un discurso sobre unirnos contra los opresores: la gente de fuera.

—¿Opresores? —repite Christina.

Se saca una ampolla del bolsillo y se bebe el contenido: analgésicos para la herida de bala de la pierna, supongo.

Me meto las manos en los bolsillos.

—Evelyn (y muchos otros, en realidad) cree que no deberíamos abandonar la ciudad solo por ayudar a un puñado de gente que nos metió aquí para poder utilizarnos. Quieren arreglar la ciudad y resolver nuestros problemas en vez de marcharnos para resolver los de otros. No lo dije con estas palabras, claro. Sospecho que esa opinión le conviene mucho a mi madre, ya que, mientras estemos todos aquí encerrados, ella está al mando. En cuanto nos vayamos, dejará de estarlo.

—Genial —comenta Tris, poniendo los ojos en blanco—. Era de esperar que eligiera la opción más egoísta.

—Tiene parte de razón —dice Christina, con la ampolla en la mano—. No digo que no quiera salir de la ciudad y ver lo que hay fuera, pero aquí dentro ya tenemos bastante. ¿Cómo vamos a ayudar a unas personas que no conocemos de nada?

Tris se lo piensa mientras se muerde el interior de la mejilla.

—No lo sé —reconoce.

Veo en mi reloj que son las tres en punto. Llevo demasiado tiempo aquí dentro, lo bastante para que Evelyn sospeche. Le dije que vendría para romper con Tris y que no tardaría mucho. No estoy seguro de que me creyera.

—Escuchad, en realidad he venido a advertiros: van a empezar los juicios de los prisioneros. Os inyectarán suero de la verdad y, si funciona, os condenarán por traidores. Creo que a todos nos gustaría evitar eso.

—¿Por traidores? —pregunta Tris con el ceño fruncido—. ¿Cómo puede ser un acto de traición revelar la verdad a todos nuestros conciudadanos?

—Fue un acto de desafío a vuestros líderes —respondo—. Evelyn y sus seguidores no quieren abandonar la ciudad. No os darán las gracias por mostrar el vídeo.

—¡Son como Jeanine! —exclama Tris, y hace un gesto enérgico, como si quisiera golpear algo y no tuviera nada a mano—. Están dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de ocultar la verdad y ¿para qué? ¿Para ser los reyes de su diminuto mundo? Es ridículo.

No quiero decirlo, pero parte de mí está de acuerdo con mi madre: no les debo nada a las personas que están fuera de la ciudad, sea divergente o no. No estoy seguro de querer ofrecerme a ellos para solucionar los problemas de la humanidad, con independencia de lo que eso signifique.

Pero sí quiero irme, estoy tan desesperado por marcharme como un animal que desea escapar de una trampa: salvaje y rabioso, dispuesto a morder hasta el hueso.

—Sea como sea —digo con cautela—, si el suero de la verdad funciona con vosotros, os encarcelarán.

—¿Si funciona? —pregunta Cara con los ojos entornados.

—Divergente —dice Tris, señalándose la cabeza—, ¿recuerdas?

—Fascinante —responde Cara mientras se recoge un mechón suelto en el moño que le cubre la nuca—, pero atípico. Por mi experiencia, sé que la mayoría de los divergentes son incapaces de resistirse al suero de la verdad. Me pregunto por qué tú sí.

—Te lo preguntas tú y se lo preguntan todos los eruditos que me han clavado una aguja —le espeta Tris.

—¿Podemos centrarnos en el tema que nos preocupa, por favor? Me gustaría evitar tener que organizaros una fuga de la cárcel —digo.

De repente estoy desesperado por que alguien me consuele, así que alargo la mano para coger la de Tris, y ella enreda sus dedos en los míos. No somos de los que se tocan sin más; cada punto de contacto entre nosotros nos resulta importante, un subidón de energía y alivio.

—De acuerdo, de acuerdo —dice ella, ahora con más amabilidad—. ¿Qué tienes en mente?

—Cuando os toque a vosotras tres, conseguiré que Evelyn te deje testificar a ti primero, Tris. Solo tienes que inventarte una mentira que exonere a Christina y a Cara, y después contarla cuando te inyecten el suero de la verdad.

—¿Qué clase de mentira serviría?

—Eso te lo dejo a ti, dado que mientes mejor que yo —respondo.

En cuanto lo digo, sé que acabo de tocar un tema peliagudo entre los dos. Me ha mentido muchas veces. Me prometió que no se entregaría para morir en el complejo de Erudición cuando Jeanine exigió el sacrificio de un divergente, pero lo hizo de todos modos. Me dijo que se quedaría en casa durante el ataque erudito, y después me la encontré en la sede de Erudición, trabajando con mi padre.

Entiendo por qué hizo todas esas cosas, pero eso no significa que esté todo arreglado.

—Sí —dice, mirándose los zapatos—. Vale, algo se me ocurrirá.

Le pongo una mano en el brazo.

—Hablaré con Evelyn sobre el juicio e intentaré que lo celebren pronto.

—Gracias.

Siento el impulso, ya familiar, de salir de mi cuerpo y hablar directamente con su mente. Me doy cuenta de que es el mismo impulso que me hace desear besarla cada vez que la veo, porque un solo centímetro de distancia entre nosotros me resulta insoportable. Nuestros dedos, apenas entrelazados hace un instante, ahora se aferran con fuerza; la palma de su mano está pegajosa de sudor; la mía, rugosa de agarrarme a demasiados asideros en demasiados trenes en movimiento. Ahora sí que parece pálida y pequeña, pero sus ojos me traen a la memoria imágenes de cielos abiertos que, en realidad, nunca he visto, salvo en sueños.

—Si vais a besaros, hacedme un favor y decídmelo para que mire a otro lado —dice Christina.

—Vamos a besarnos —responde Tris, y lo hacemos.

Le toco la mejilla para ralentizar el beso, sosteniendo sus labios en los míos para sentir cada uno de los puntos en los que se tocan y cada uno de los puntos en los que se alejan. Saboreo el aire que compartimos en el segundo posterior al beso, y el roce de su nariz contra la mía. Intento pensar en algo que decir, pero es demasiado íntimo, así que me lo trago. Un instante después decido que me da igual.

—Ojalá estuviéramos solos —le digo al salir de la celda.

—Yo deseo eso mismo casi siempre —responde, sonriendo.

Al cerrar la puerta, veo a Christina que finge vomitar, a Cara riéndose y a Tris con las manos inertes junto a los costados.

CAPÍTULO TRES

TRIS

—Creo que sois todos unos idiotas.

Tengo las manos cerradas sobre el regazo, como un niño que duerme, el cuerpo lleno de suero de la verdad y los párpados cargados de sudor.

—Deberíais darme las gracias, no interrogarme.

—¿Deberíamos darte las gracias por desafiar las órdenes de los líderes de tu facción? ¿Por intentar evitar que los líderes de tu facción mataran a Jeanine Matthews? Te comportaste como una traidora.

Evelyn Johnson escupe las palabras como si fuera una serpiente. Estamos en la sala de reuniones de la sede de Erudición, donde tienen lugar los juicios. Llevo prisionera al menos una semana.

Veo a Tobias medio oculto en las sombras, detrás de su madre. Ha procurado no mirarme a los ojos desde que me senté en la silla y cortaron la brida de plástico que me sujetaba las muñecas. Por un momento, sus ojos encuentran los míos y sé que ha llegado el momento de empezar a mentir.

Es más fácil ahora que sé cómo hacerlo. Tan fácil como apartar el peso del suero de mi mente.

—No soy una traidora —aseguro—. En aquel momento creía que Marcus seguía órdenes de los osados y los abandonados. Como no podía unirme a la lucha como soldado, decidí ayudar de otro modo.

—¿Por qué no podías ser soldado?